

sí ha hecho de la miniatura, del fragmento, su bandera y su justificación. El poeta moderno ha instalado su tienda en las arenas movedizas del escepticismo y la crítica: crítica del mundo, pero también crítica del lenguaje y de sí mismo. No bien empieza a hablar, teme traspasar el mínimo predio de sus certezas. Su inseguridad, que es también su orfandad, le impele a despojar su poesía de todos aquellos rasgos que la acercan a otros géneros: narración, diálogo, descripción. Restan la imagen, el símbolo, la insinuación de un ritmo. Resta, en fin, la palabra exenta. El verbo no puede ser más explícito. El poeta resta, es decir: escribe hacia atrás. Espiral ensimismada, caracol que persigue su raíz oculta, el poema se aleja del mundo para igualarse a él. Al cabo, su pequeñez corre pareja a un orgullo injustificable. ¿Cómo definir, en efecto, su deseo de levantar un mundo con un simple puñado de versos?

Simon Armitage es un hombre afortunado: ha crecido en un ambiente donde la indiferencia hacia estas cuestiones es ley, librándole de escrúpulos absurdos. De lo contrario, no se explica su pretensión de repasar la historia de la poesía en cien páginas, reduciendo el mundo al perímetro de la M25 londinense e ignorando que la brevedad de un poema de Coleridge no es la misma que anima los ensayos imagísticos de Pound o tiñe de ironía el laconismo de Charles Simic. Me dirán, con razón, que estamos ante libros nacidos de exigencias comerciales, no literarias. Pero uno espera de los supuestos escritores a los que se encarga su confección algo más que simple descaro adolescente.

* * *

Hace cosa de un año, mientras caminaba en dirección a la casa/oficina de la revista *Agenda*, revivía mentalmente la primera vez, a finales de noviembre de 1995, en que me asomé a esa mezcla de almacén de viejo y casa de estudiantes que William Cookson, con neutra naturalidad inglesa, gusta de llamar sus *headquarters*. Yo imaginaba una oficina moderna, algo desordenada, tal vez, pero con la limpieza de lo funcional, de lo que no es de nadie o piensa uno que puede ser de cualquiera. En cambio, hallé un apartamento desastrado, de techos oscuros y muros y suelos ahogados por igual en una insólita acumulación de objetos y de polvo: libros por cientos, números atrasados de la revista, dos bicicletas grasientas ocultas por varias capas de ropa, pilas de cajas medio abiertas, el platillo de comida del perro, una máquina de escribir oxidada, mantas y cojines por todas partes, algún sofá destripado, archivadores abiertos, alfombras y cuadros cubiertos de polvo. A un lado de la puerta, una carta enmarcada de Ezra Pound enunciaba el

centro gravitatorio de la casa: por todas partes, entre cuadros y láminas colgadas de cualquier forma, se veían fotografías de Pound, solo o con Olga Rudge, su compañera de los últimos años, sentado en un diván o junto al portal de su casa en Venecia, leyendo o mirando la cámara con duros ojos inestables, incluso una más antigua, tal vez sacada de un libro, en la que se veía a Pound jugando al tenis con gesto disparatado. La casa, y en general *Agenda*, sobrevive como un altar dedicado a preservar la llama del poeta. Esto ha sido así desde 1959, año en que William fundó la revista espoleado por la lectura y posterior conocimiento de Pound. Su línea editorial (atención casi exclusiva a las figuras de la vanguardia anglosajona) no ha cambiado desde entonces. La casa tampoco. La primera impresión era la de haber llegado a un inmenso desván absuelto por la luz. Poco a poco, el ojo iba acostumbrándose al desorden, pero al precio de ignorar sus aspectos más grotescos: uno se concentraba en un cuadro o una estantería y terminaba por olvidarse del resto o menospreciar su impacto. Luego, una simple ojeada bastaba para revivir la primera impresión. A esto contribuían el propio aspecto y ademanes de William, con ese rostro de niño prematuramente envejecido que se les pone a los ingleses y que duda entre la travesura y la mueca melancólica. Pasé dos horas en aquel apartamento, además de media hora que dedicamos a comer en un *pub* cercano, pero salí con cierta impresión de derroche: todo lo que hablamos pudo haberse resumido en quince minutos. William se movía entre largos y embarazosos silencios y un monólogo errático salpicado de enigmas. La impresión de bondad no ocultaba una vaguedad exasperante. Era tal la aparente falta de energía en sus gestos que mi más breve intervención me sonaba impaciente, autoritaria, grosera. El peso del diálogo recaía una y otra vez en mí cuando sentía que los segundos de silencio excedían lo aconsejable o lo simplemente soportable, y en los últimos tramos me escuchaba comentando cualquier banalidad para salir del paso.

Algunos encuentros posteriores han matizado aquella primera impresión; pero el enigma me intriga aún. Durante cerca de dos años, lo que tardó en confeccionarse un número especial sobre poesía contemporánea española, las comunicaciones adquirieron regularidad semanal. A veces, de regreso de las clases, me encontraba en el contestador con largos mensajes divagatorios que invariablemente agotaban la cinta. Pero muy pronto tuve pruebas de la generosidad, entusiasmo y experiencia de William. Suya era una vida dedicada en exclusiva a la poesía, desde una atalaya levantada con rigor, paciencia y humildad. Sin duda, su entrega pública y constante a la obra de Ezra Pound me desconcertaba. Había (y hay) también en mi actitud cierto componente de irritada condescendencia. Es claro que la admi-